JORGE LATRILLE

HORROR EN VALPARAÍSO



Áurea Ediciones

© Horror en Valparaíso
Sello: Nepenthe
Primera edición: Junio 2024
© Jorge Latrille
Director editorial: Aldo Berríos
Ilustración de portada: José Canales
Corrección de textos: Gonzalo León
Diagramación: Marcela Bruna
Diseño de portada: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN:



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

Para Eva, gracias por creer y querer.
Para Noah, por enseñarme que no todo es horror.

La única contingencia que no había aprendido a afrontar,
era la posibilidad de su propia locura.

—Stephen King, *La torre oscura 1*.

EL ÚLTIMO PASAJERO



Los pasajeros del bus a primera vista parecían muertos.

Desde el último asiento, y gracias al resplandor anaranjado del alumbrado público que se colaba por los resquicios de las cortinas, me permitió dar una segunda mirada y confirmar la horrenda visión.

Cuerpos inertes, extendidos en cada butaca, separados por láminas de plástico transparente, un intento de la autoridad sanitaria por frenar el avance de una amenaza invisible y ofrecer un halo de aparente seguridad a los viajeros nocturnos. Las mascarillas, azules y negras, eran el último toque a la escena completando el necrótico cuadro creado por mi imaginación y del que me sentía como en un museo, un espectador.

Este viaje, al que casi llego tarde, estaba reservado para aquellos que no pueden esperar el amanecer para alcanzar su destino. Para seres como yo, que se sienten culpables por detenerse y buscan darle sentido a la oscuridad; un viaje para los que consideran que el descanso, ya sea breve o eterno, estaba prohibido.

Lo abordé cuando ya comenzaba a cerrar sus puertas, y gracias a los gestos desesperados, el conductor accedió a detenerse. Las luces, como es habitual en estos viajes nocturnos, ya se encontraban apagadas, y solo las luminarias

led que recorrían las orillas del pasillo principal me permitieron no tropezar y caer sobre algún pasajero. Todavía medio torpe por las pocas horas de descanso, tres o cuatro a lo sumo, me dejé caer en el asiento 62, afortunadamente, el 61 también estaba vacío, y coloqué mi mochila allí, anhelando sumergirme en el sueño lo antes posible. A tientas, busqué la palanca para reclinar mi asiento, me acomodé con los audífonos puestos y me dispuse a descansar como un vampiro en su ataúd. Durante unos minutos, no sé cuántos, caí en ese sueño oscuro y profundo en el que yacen quienes están cansados de verdad.

Un potente rayo de luz, como el flash de una cámara me arrancó del descanso, ¿Una farola demasiado nueva, exceso de voltaje o un relámpago?, esas fueron las ideas que se cruzaron por mi cabeza mientras a regañadientes aceptaba que estaba despierto y que por un buen rato iba a estar así. El resto de los pasajeros continuaba igual; ninguna mano a la cara o los bolsillos buscando el teléfono móvil; ninguna luz blanca que iluminara un rostro mientras su dueño se cercioraba de que todavía tenía minutos para continuar con su sueño; nadie tosió; ningún ronquido, solo el constante ronroneo del motor rompía el silencio.

La bestia metálica de dos pisos que parecía una nodriza cuidando sus bebés, aprovechaba el vacío de las carreteras para llegar al máximo de la velocidad permitida. Dejando atrás los pueblos y caseríos que se vislumbraban solo como pequeñas manchas, y que ese gran ataúd con ruedas que casi se despegaba del suelo corría a escasos metros de sus camas y sus almas que descansaban en paz.

En el interior, el ambiente se mantenía igual, el silencio casi sepulcral en el que no se escuchaba ninguna respiración y no volaba una sola mosca… Salvo una que, con su

casi invisible zumbido, tímidamente eligió como pista de aterrizaje mi mano izquierda, para luego moverse y buscar un lugar de su agrado; bajo el ritmo que imprimía la luz que atravesaba los pequeños espacios entre las cortinas, se creaba un stop motion en el que el asqueroso ser parecía no moverse, sino teletransportarse. En una pasada estaba sobre el dorso de la mano, luego la muñeca y finalmente en el dedo anular moviendo sus asquerosas y peludas patas; intenté golpearla y enviarla lejos. Pero el insecto, el silencio y un frío repentino, me dejaron congelado, sin fuerzas ni ganas de intentar alejar nuevamente al nauseabundo bicho.

Desde el oscuro exterior una nueva luz como un rayo, capaz de atravesar el grosor de las cortinas e inundar todo el lugar con su cegadora luz blanca. Mis ojos se cerraron instintivamente, protegiéndose del sorpresivo brillo; noté que el asqueroso insecto removía sus patas rozando suavemente mi mano para luego desaparecer; lo más probable era que se aburriera del sabor de mi piel y volase en busca de otro incauto pasajero.

La ausencia del asqueroso insecto no fue lo único que se me reveló. Al observar a mi alrededor, realmente me encontraba rodeado de pútridos y semi descompuestos cadáveres sobre los que gusanos, larvas y otros seres, que prefiero no recordar, reptaban de manera voraz buscando algún trozo de carne que engordara sus asquerosos cuerpos rezumantes de pus.

Mi vista se quedó clavada en el hombre que se encontraba en la fila opuesta a la mía y el único del que tenía una visión completa. Su cuerpo carcomido en su mayoría y con jirones de ropa coronaba su cabeza con un gusano gordo, que se trasladaba entre su nariz y oído izquierdo, ingresando su cabeza en uno de los orificios cuando su cola no

alcanzaba a abandonar completamente el otro, con terror e hipnotizado por el viaje del gusano que dibujaba con su largo cuerpo un símbolo del infinito.

Podría haberme quedado allí, contemplando esa escena grotesca, pero algo peludo y viscoso rozó mi tobillo. Mi mirada se desvió de inmediato y, sin pensarlo, lancé una patada al aire. Solo conseguí golpear el asiento delantero, causándome un dolor sordo que, en ese momento, era lo que menos me preocupaba. La criatura no mostró signos de haber notado mi reacción y, con firmeza, comenzó a trepar por mi pantorrilla. Cada centímetro de su ascenso dejaba una sensación de pinchazos suaves, presagiando la muerte o algo aún peor. Mis ojos vacilaban entre la falsa seguridad de la ignorancia y la certeza mortal de que lo que sentía era demasiado real.

Finalmente miré en dirección a mis piernas, pero la oscuridad del lugar no permitía distinguir nada, el ente parecía disfrutar de esta situación y realizó una pausa de un par de segundos en su escalada, llevando mi cordura un poco más allá del límite que creía posible y alargando el momento en mi mente como si fuesen horas, luego de la pausa continuó su ascenso y poco a poco comenzó a quedar al alcance de mi vista. Sobre mi rodilla derecha se encontraba una araña, pero no un arácnido cualquiera y estoy seguro de que a pesar de que, si me diera el trabajo de revisar todos los libros escritos sobre criaturas arácnidas o similares, jamás volvería a encontrarla, era un ser emergido de las peores pesadillas de un niño con aracnofobia; el demonio tenía sus ocho patas y ahí finalizaba su parecido con los seres que encontramos en la naturaleza, en la punta de cada uno de sus velludos y purulentos apéndices, estos se dividían en otros más pequeñas, los que se movían de

manera incansable intentando encontrar un nuevo asidero para continuar su ascenso, eran como los dedos de un niño, pequeños y torpes, intentando tomar algo apenas fuera de su alcance; su cuerpo era una mezcla de pelos similares a los de un abejorro, pero de un amarillo pútrido, que solo con verlo hacía recordar los espacios más asquerosos y nauseabundos donde ha habitado y contaminado el hombre. Con la rapidez que solo da el miedo y la adrenalina a tope la golpeé de manera violenta, haciéndola salir volando y rebotar sobre un huesudo brazo, para luego volver a perderse en la oscuridad.

La aurora se cernía con su luz traicionera, filtrándose por las ventanas y amenazando con desvelar el horror. La esperanza que suele acompañar al amanecer se transformaba en un presagio de locura. No deseaba ver las abominaciones que se arrastraban por el suelo del autobús, ni presenciar las burbujas de pus que crecían sobre la piel de los que una vez fueron pasajeros. No quería aceptar que era el único ser humano con vida en medio de tanta muerte, no quería enfrentar más este infierno. NO.

Me obligué a cerrar los ojos y, en segundos, el resplandor anaranjado de la luz solar atravesaba mis párpados como invitándolos a abrirse y mirar. Me negué a seguir mi instinto y apreté tanto mis párpados que sentí que ardían como quemados por un ácido. Mis otros sentidos, tan alertas como la situación lo permitían, comenzaron a sentir suaves sonidos de movimiento, cosas que se arrastran, que caen, que golpean los asientos suavemente, denotando una leve desorientación e intentando saber en qué mundo se encuentran. Mis ojos ya no resistían más la calidez de la luz y las dudas sobre qué eran realmente todos los sonidos que poco a poco iban envolviendo todo el lugar. Dice el dicho